

zar un paso. El general O'Donnell, con voz enternecida por la emoción, les dirigía palabras cariñosas. Con su presencia cobraba el ejército nuevo aliento.

Para precaver á las tropas contra los peligros de aquella guerra especialísima, el General en jefe dictó unas instrucciones que decia así :

1.^a “En las marchas nadie se separará de su fila ó del puesto que se le marque, ni aun para hacer sus necesidades naturales, pues para esto se harán altos. Téngase entendido que en Africa no hacen los árabes prisioneros ; que todo individuo que es cogido por ellos, despues de martirizado, es desapiadadamente asesinado, y sus miembros ensangrentados son puestos como trofeos entre las tribus salvajes de que está poblada.

2.^a El ejército, en marcha y campamento, estará siempre rodeado de enemigos que acechen el momento en que un individuo se rezague, aunque no sea más que veinte pasos, para apoderarse de él, ó si no les fuere posible, asesinarlo. No debe pues nadie separarse de su puesto bajo ningun concepto; no debe en marcha ni en campamento salir á hacer leña, traer agua ni otra operacion, sino despues que el campamento esté enteramente cubierto, y que se haga á prevencion de los señores generales ó jefes respectivos.

3.^a Jamás irán hombres solos á ninguna faena : deberán ir por batallones, compañías ó pelotones, segun determinen los jefes, y en todos casos siempre con sus armas, que no dejarán de la mano, á menos que por disposiciones expresas no se determinase.

4.^a Para hacer forraje, leña, traer agua ó cualquiera otra operacion que sea, y por próxima que se halle del campamento, el jefe que mande la fuerza no empezará la faena sino despues de haber puesto sus avanzadas, colocado los centinelas, cubierto todas las avenidas y dejado un retén correspondiente, dando de antemano una señal para que todo el mundo se reuna si ocurriese la menor novedad.

5.^a En los campamentos se tendrá cuidado de haber hecho las comidas y apagado los fuegos al anochecer, para impedir que sirviendo de blanco dirija el enemigo á ellos sus tiros, y evitar bajas y desgracias inútiles.

6.^a Las fuerzas que no se hallen de avanzada en grandes guardias ó escuchas, aunque de noche oyeren fuego, no se moverán mientras sus jefes no se lo prevengan. Los que formen la primera línea del campo únicamente, si el fuego tomase un carácter vigoroso, se sentarán y esperarán las órdenes de sus jefes en esta disposición. Los de segunda línea no se moverán á menos de recibir orden expresa.

7.^a De noche, en cada compañía de segunda línea en el campamento, habrá siempre un oficial y un sargento de vigilancia. En las tropas que ocupen la primera línea, ó sea la cara exterior, las clases de cada compañía serán todas vigilantes las horas que les toque, cuidando del órden y quietud de sus soldados. Los jefes alternarán del mismo modo.

8.^a Jamás se pondrá en un puesto, cualquiera que sea, un centinela solo: en el mismo campo serán siempre dos. Separados de él, aunque no sean más que veinte pasos, sea de día ó de noche, el menor grupo que compondrá una observacion ó centinela será de cuatro hombres y un cabo.

9.^a En las marchas ó pueblos se respetarán la vida y propiedades de las personas que pacíficamente esperen al ejército, con especialidad los ancianos, mujeres y niños; y aun en los combates se hará lo mismo con los heridos que queden en el campo y los prisioneros que se hagan, aun cuando el enemigo se conduzca en otra forma. Un pueblo civilizado é ilustrado, como es el nuestro, no debe, ni aun con el carácter de represalias, imitar los instintos feroces de las salvajes tribus que pueblan el suelo africano.

10. Cuando se encuentren pozos ó balsas de agua estancada, especialmente en corta cantidad, no beberán los hombres sin haber hecho que antes lo verifique algun perro ú otro animal, evitándose de este modo los efectos perniciosos que pudieran sobrevenir á las tropas, si el agua, por causas naturales ó artificiales, contuviese materias perjudiciales á la salud. En las aguas corrientes no hay motivo de temor.

11. Es sistema y costumbre en los pueblos del Africa, á donde el ejército va á lanzarse al combate, atacar en medio de una espantosa gritería, con lo cual creen amedrentar á sus enemigos; lo mismo ejecutan de noche cuando quieren fatigar un campamento en el momento de ser descubiertos. El ejército en todos los casos debe permanecer impassible, y mirar con el desprecio que merece esta alharaca. En ello se da una prueba de serenidad y de disciplina, y al mismo tiempo se impone al enemigo, á quien nada causa más temor que ver la imperturbabilidad de sus contrarios. Silencio, pues, en todos los casos: calma completa y resolucion enérgica para ejecutar cuanto prevengan los jefes; esta sola condicion es la más segura garantía de la victoria.

12. Los oficiales que manden guerrillas, los jefes que manden fuerzas destacadas de sus divisiones, no pasarán jamás los límites de lo que se les haya prevenido,

ni ménos se desmandarán, cualquiera que sea la persecucion que se haga al enemigo. Este acostumbra muchas veces retirarse con premeditacion para ver si imprudentemente se le persigue, y cuando ve las fuerzas separadas de sus sostenes, cae de improviso sobre ellas y trata de envolverlas. Grandes desgracias ha producido en la guerra el dejarse llevar de un ciego entusiasmo. Se prohíbe á todos el seguir tal ejemplo, y se castigará al que comprometa la fuerza que mande por olvidar esta prevencion.,

III.

Reunidas en Antequera las tropas que componian la division de reserva , debian estar dispuestas á embarcarse para pasar al Africa al mismo tiempo que lo efectua- ba el segundo cuerpo de ejército; y á este fin emprendieron la marcha oportunamente , dirigiéndose al puerto de Algeciras , donde hallarian los buques necesarios para su transporte. Aguardábaselas en San Roque por todo el dia 23 de Noviembre , segun aviso que habia recibido del Ayuntamiento de aquella poblacion ; pero estaba reservado á estas tropas empezar á sufrir las penalidades de la campaña antes de llegar al teatro de la guerra. Desde el amanecer de aquel dia se vieron molestadas por un furioso temporal de agua y viento , que continuando sin cesar , anticipó la venida de la noche y se resolvió por último en una tempestad horrorosa.

Esclavo del deber militar , y ansioso de llegar á tiempo al punto que se le habia designado , el general PRIM siguió adelante con su division , arrostrando impávido la furia de los elementos desencadenados , aunque sin poder impedir el retraso consiguiente en una situacion tan embarazosa. Entre tanto , los habitantes de San Roque se hallaban poseidos de la más viva inquietud por la tardanza de las tropas : el Ayuntamiento dispuso que salieran los vecinos á encender fogatas por el camino de Estepona , y no sólo esto fué inmediatamente ejecutado , sino que muchos acudieron á secundar tan patriótico y humanitario designio , llevando los faroles de sus casas y hasta los de la iglesia parroquial.

Era ya media noche cuando comenzaron á entrar los deshechos batallones. La poblacion entera estaba en pié y dispuesta á recibir aquellos soldados , que iban llegando por grupos , cubiertos de lodo y calados hasta los huesos , muchos de ellos

descalzos y heridos, por haber tenido que arrastrarse entre los riscos y breñales de la sierra. Pero, ¡cuán grande sería su satisfaccion al ver la cordial acogida que les dispensaban los generosos sanroqueños! Diríase que estos les consideraban como á hijos de sus propias familias. Las mujeres, en particular, más amorosas siempre y más sensibles á la desgracia, se desvivian por aliviar los padecimientos de los expedicionarios; y sin distinguir de clases, al paso que les preparaban cena y cama, ponian á su disposicion las ropas de sus maridos ó hermanos, y ellas mismas les lavaban los piés con agua caliente y curaban sus heridas.

Permanecia, entre tanto, el general PRIM á caballo, sufriendo el temporal, y no queriendo retirarse hasta que entrara en el pueblo la última compañía de la division: faltaban muchos hombres, que habian quedado rezagados, y fué menester enviar en su busca algunos guías con bagajes, que á la mañana siguiente volvieron acompañando á un considerable número de soldados, la mayor parte heridos y estropeados.

Habiendo descansado las tropas, prosiguieron alegremente su camino hácia Algeciras, á donde llegaron por la tarde del 27 de Noviembre. Inmediatamente se dió la órden para el embarque, operacion que se llevó á cabo durante la noche, en medio de una animacion extraordinaria. Toda la marina estaba completamente iluminada con faroles, barricas embreadas y fogatas encendidas en la playa, cuyos fulgores rielaban en las inquietas aguas de la bahía. Las bandas de música tocaban aires nacionales; y atraida por sus sonoros acordes, la muchedumbre se agolpaba en torno de los bizarros batallones, saludándolos á su paso con atronadores vivas y otras mil muestras de patriótico entusiasmo. El continuo acarreo de material y equipo, el ir y venir de las faluas del embarcadero á los buques, los alegres cantares de los soldados, los saludos afectuosos, el clamoreo de la gente, el ruido y el bullicio ahogando tal vez los suspiros de más de una tierna despedida, las luces, la vibracion de las armoniosas notas, todo junto formaba un espectáculo animadísimo y brillante. A la una de la madrugada crecieron las aclamaciones en el momento de embarcarse el general PRIM, que pasó á bordo del vapor *Vifredo*, y continuaron por algun tiempo, mientras los buques se alejaban y sus vagos contornos se desvanecían entre las sombras de la noche.

A la mañana siguiente se repitieron en las costas de Africa las escenas del dia anterior: las tropas de la division de reserva fueron acogidas por las de los otros cuerpos con las más vivas demostraciones de júbilo, abrazándose unos á otros co-

mo hermanos. Las nuevas fuerzas acamparon en las alturas del Otero, plantándose la tienda del Conde de Reus cerca de la del General en jefe: el campamento del primer cuerpo permanecía más allá, en las inmediaciones del Serrallo. Además del reducto de *Isabel II*, se habían construido otros tres denominados *Francisco de Asís*, *Príncipe de Asturias y España*, para proteger los campamentos, los cuales se comunicaban con estos y entre sí por medio de caminos que habían abierto nuestros zapadores. A la derecha, sobre la montaña, se construyó otro pequeño fuerte en comunicación con el más avanzado que dominaba el camino de Tetuan. Todos los reductos podían cruzar sus fuegos y componían una línea formidable para cualquier enemigo menos audaz y temerario que los marroquíes. Dominaban estos las alturas inexpugnables de Sierra Bullones, y eran dueños del terrible Boquete de Anghera, donde ningún ejército del mundo habría osado penetrar. Detrás de él tenían seguramente su campamento, y por aquella parte hacían sus frecuentes salidas, poniéndose á cubierto de las rocas y de los espesos bosques. Allí habría sido la guerra interminable sin fruto alguno.

El 30 de Noviembre se presentaron los moros, como de costumbre, apareciendo y desapareciendo en las crestas de la empinada sierra. A las dos de la tarde se les vió bajar en dirección al Serrallo, y lanzarse al combate dando feroces aullidos: en cuanto estuvieron á tiro, tronó el cañon de los fuertes, y todo el primer cuerpo de nuestro ejército abandonó su campamento saliendo al encuentro del enemigo.

La division PRIM y otra del general Zavala, tomaron posiciones durante la acción, pero no entraron en fuego. Todo el empeño de los moros era apoderarse de algún reducto, y á este fin acometían frenéticos, acercándose hasta ponerse á cubierto de las baterías; pero pronto, escarmentados por las cargas de nuestros batallones, corrían con mayor rapidéz á guarecerse en los matorrales y asperezas de aquel montuoso terreno, para volver con nueva furia y atacando á la vez por muchas partes. Los cazadores de Simancas y las Navas consiguieron desordenar su ala izquierda, y los regimientos de Borbon y el Rey, cargando sobre la derecha, obligaron á una masa considerable á retirarse. El batallon de Talavera dió el último golpe á los marroquíes, poniéndoles en desordenada fuga, y cortando un centenar de ellos, que viéndose perdidos, tomaron la desesperada resolución de arrojar al mar por un despeñadero.

Era ya de noche, y aun se oían á lo léjos algunas descargas, á tiempo que las divisiones de Zavala y PRIM entraban en sus campamentos al compás de las armo-

nías de las bandas de música. Nuestras tropas habian tenido que luchar aquella tarde con los musulmanes y contra un furioso vendaval que las cegaba, envolviéndolas en una densa atmósfera formada por el humo de la pólvora. Quedaban en el campo siete oficiales y cuarenta y tres individuos de tropa muertos, y habian sido heridos más de trescientos, entre ellos catorce oficiales.

La noche que siguió á este dia fué horrible: cerró lóbrega y tormentosa, bramando el viento en las montañas, alborotando el mar, y cayendo el agua á torrentes: los campamentos se convirtieron en lagos; muchas de las tiendas fueron derribadas; los soldados tuvieron por único lecho el suelo encharcado.

El cólera seguia entre tanto haciendo cada vez más estragos. En Ceuta no se sabia ya donde colocar los enfermos; pues como no se contaba con aquel formidable enemigo, y como solo se habia pensado en trasladar el mayor número posible de heridos y enfermos á los buques ó á los pueblos de las costas andaluzas, fué necesario improvisarlo todo, y recurrir á la caridad pública, no bastando los recursos de la administracion á tan inmenso cúmulo de necesidades urgentes. El casino, las iglesias y algunos establecimientos particulares fueron habilitados para hospitales, y aun siendo grandes los desvelos y los cuidados de las autoridades de Ceuta, dejaba mucho que desear la asistencia de los enfermos.

Ya hemos dicho que las tropas españolas no podian ganar nada deteniéndose por mucho tiempo en aquellas alturas donde se hallaban acampadas. No era de temer que decayese su ánimo ni se apurase su sufrimiento; pero era natural que flaqueara su entusiasmo, si no veían extenderse los horizontes de gloria con que habian soñado. Habíaseles dicho que iban á penetrar en las ciudades africanas, donde encontrarían, si no el regalo, la recompensa de sus afanes; y era necesario avanzar á todo trance hácia Tetuan. Pero ¿por dónde iria el ejército á la ciudad moruna? Distaba de allí muchas leguas, y no habia más camino que un tortuoso sendero abierto entre las breñas por la babucha de los musulimes; un paso estrecho y peligroso por el que difícilmente podian ir dos hombres á la par.

El general O'Donnell decidió sin embargo avanzar, y mientras disponia que el segundo cuerpo de ejército relevase al de vanguardia en el penoso servicio de guarnecer el Serrallo y los reductos que constituian la línea de defensa frente á Sierra-Bullones, daba al general PRIM el encargo de abrir camino al ejército para Tetuan.

El Conde de Reus puso en seguida manos á la obra, desempeñando su cometido con una actividad y un acierto que merecieron generales aplausos. El General en

jefe, en uno de esos momentos de expansion tan comunes en la vida del campamento, le proclamó *el primer caminero de España*.

Casi todas las mañanas salia el general PRIM con sus batallones, los ingenieros y la artillería que formaban parte de su division, y distribuyéndose convenientemente las fuerzas, mientras una parte de ellas permanecia sobre las armas, la otra se entregaba con ardor al trabajo, cortando árboles, arrancando malezas, igualando el terreno, construyendo puentes, abriendo en fin una hermosa carretera, por la que más tarde pudo pasar holgadamente el ejército con toda la artillería.

Al amanecer, los soldados hacian su café, lo tomaban con su correspondiente racion de galleta, y salian en direccion al valle de los Castillejos: trabajaban hasta las once ó las doce del dia, hora en que comian sus ranchos, y continuaban luego la interrumpida tarea hasta la caida de la tarde en que volvian á su campamento.

Al principio los moros no hacian más que asomarse á las alturas observando con curiosidad el movimiento de nuestros soldados; y ya sea porque temiesen los fuegos de los cañones situados en el reducto del Príncipe Alfonso, ya porque el terreno relativamente llano por aquella parte no les fuese favorable, permanecian retraidos, contentándose con picar á última hora la retaguardia de la division. Despues trataron de entorpecer los trabajos y de armar celadas á nuestras tropas.

Pero el Conde de Reus no se dejaba sorprender tan fácilmente: mientras los cuerpos facultativos estaban ocupados en sus faenas, los batallones de línea, extendidos en guerrilla, formados en batalla, dominando las alturas vecinas y las posiciones inmediatas, les resguardaban perfectamente de toda sorpresa. Si á pesar de esto los moros osaban presentarse, bastaban para imponerles respeto y alejarlos algunas cargas á la bayoneta de nuestros cazadores, algunos disparos de nuestra artillería de montaña y otros de varias lanchas cañoneras y vapores de guerra que salian todas las mañanas á proteger estos trabajos.

El camino de Tetuan adelantaba prodigiosamente, y ya el dia 9 de Diciembre nuestros campamentos podian trasladarse á unas dos leguas de las posiciones que antes ocupaban.

Aquel dia decidieron los moros dar una vigorosa embestida á nuestros reductos. Colocados en acecho durante la noche, que fué húmeda y fria, apenas oyeron los animados toques de nuestra diana, se precipitaron sobre los fuertes, cuyos defensores apenas tuvieron tiempo para dar la voz de alarma. Como el alud que se desprende de las cumbres de los Alpes, así los marroquíes envueltos en sus blancos jaiques des-

cendian por aquellas montañas, creciendo en número, extendiéndose velozmente por ambos lados de los reductos, á pesar del mortífero fuego de nuestros soldados.

Los fuertes se hallaban en grande peligro de perderse, pues los moros llegaron tan cerca, que se hallaban resguardados del fuego de los cañones: tres veces avanzaron hasta los fosos, y otras tantas fueron rechazados por los nuestros, que peleaban con la furia de la desesperacion. Y mientras esto sucedia en los reductos, parte de las fuerzas de los regimientos de Castilla y Córdoba y el batallon de cazadores de Figueras, que habian salido á la descubierta, se encontraron de improviso con aquella multitud de enemigos que parecian brotar del seno de la tierra, trabándose allí una sangrienta lucha, en la que cada uno de nuestros soldados tenia que pelear casi cuerpo á cuerpo con dos ó más enemigos á un tiempo; pero esto no impidió que repeliesen el violento choque hasta arrojar á la morisma hácia las cañadas y bosques que habia al otro lado de nuestras posiciones avanzadas.

El general Zavala, que desde el Serrallo y á causa del violento levante que reinaba no habia oido el fuego que se cruzaba por las alturas de su campamento, vió enarbolada en los fuertes la bandera roja, señal del peligro, y montando á caballo dispuso que le siguiese parte de la primera division á las órdenes del general Orozco, y toda la segunda que mandaba el de igual clase D. Enrique O'Donnell.

El batallon de cazadores de Arapiles fué el primero que llegó al sitio del combate, y dando una brillantísima carga á la bayoneta contra quintuplicadas fuerzas enemigas que ocupaban un bosque inmediato al reducto de Isabel II, las obligó á despejar el campo. Al dar la carga, este batallon fué apoyado por el segundo de Castilla y el primero de Saboya.

Los moros no tardaron sin embargo en rehacerse, dirigiendo ataques combinados y simultáneos á toda nuestra línea, bajo las órdenes inteligentes de un jefe superior, vestido de color de grana, que montaba un caballo lujosamente enjaezado.

Aquel combate era uno de los más serios que hasta entonces habian tenido nuestras tropas, siendo necesario que entrasen en fuego quince batallones, y que todo el resto del ejército se pusiese en movimiento. Los cazadores de Alba de Tormes con algunas compañías de Córdoba, y los de Figueras apoyados por el batallon de Leon y el regimiento de la Princesa, dieron brillantísimas cargas á la bayoneta en combinacion y con tal ímpetu y arrojo, que desalojaron al enemigo de los bosques inmediatos á los reductos, persiguiéndole á gran distancia por aquella parte. Pero los moros amagaban al mismo tiempo forzar nuestra derecha, y á tiempo lo

observó el General en jefe, que ya mandaba la acción; pues dando las órdenes oportunas, evitó que el batallón de Chiclana, situado en una altura por aquella parte, fuese completamente arrollado. Retrocedía ya este batallón al violento empuje de unos seis mil infantes y ciento cincuenta caballos, que se precipitaron sobre él con extraordinario furor, cuando los batallones primero de Navarra y segundo de Toledo marcharon en su apoyo, y rehaciéndose Chiclana, briosamente impulsado por el bizarro brigadier Mackena, hizo de nuevo frente al enemigo.

La posición perdida fué recobrada por nuestros soldados; pero no sin vencer la vigorosa y desesperada resistencia de los moros, que con tenacidad indomable defendían las posiciones conquistadas. Muchos fueron los que prefirieron la muerte á retroceder; pero acosados por nuestros cazadores, cejaron al fin en su temeridad, y emprendieron la fuga corriendo mezclados en torpe confusión la caballería y la infantería hasta ganar las escabrosidades que tenían á su espalda y podían darles abrigo.

Desde entonces la acción quedó terminada en toda la línea. Nuestras pérdidas habían sido grandes y dolorosas; pues pasaron de ochenta muertos y de trescientos heridos, contándose entre los primeros cinco oficiales y jefes, y veinticinco entre los segundos. Las bajas del enemigo debieron ser horrorosas, pues nuestra artillería y las cargas á la bayoneta causaron en sus masas terrible estrago.

IV.

Había llegado el momento en que el general PRIM comenzase á dar muestras de las brillantes dotes militares que habían de colocarle á la mayor altura entre los generales de Africa.

En la mañana del 12 de Diciembre salió el Conde de Reus, con la división de su mando y el regimiento infantería de Granada, á proteger la continuación de sus trabajos comenzados para abrir un camino en dirección á Tetuan. Después de haber rebasado con sus fuerzas el reducto *Príncipe Alfonso*, las escalonó colocando en la extrema derecha el regimiento de Granada á las órdenes de su coronel D. José de Trillo; á la izquierda de este un batallón del Príncipe y cuatro compañías de Almanza, con su jefe el primer comandante D. José García de Velarde, á las órdenes del

coronel D. Cándido Pieltain; dispuso que el batallon cazadores de Vergara, mandado por su primer jefe D. José de Salazar cubriese el frente y la extrema izquierda, y conservó á su inmediacion para acudir al punto que las circunstancias exigiesen dos compañías de Almansa, dos de Cuenca y el batallon de Luchana á las órdenes del coronel D. José Estremera.

Tomadas estas disposiciones, el primer batallon de Ingenieros y dos de Artillería, bajo la direccion del entendido brigadier D. Julian Angulo, emprendieron los trabajos, observándose ya desde entonces que los moros se proponian interrumpirlos y molestar á nuestras tropas; pues se les veia dirigirse por las alturas de la derecha en grandes grupos hacia un edificio ruinoso, denominado por los nuestros el *Castillejo*. En efecto, á las doce del dia, reunidos aquellos en número de cuatro á cinco mil, rompieron el fuego contra los puestos avanzados de los españoles, y señaladamente contra el batallon cazadores de Vergara, que resistió y rechazó enérgicamente dos cargas de triples fuerzas enemigas. Inmediatamente ordenó el general PRIM que marchase al punto atacado el coronel Estremera con las fuerzas de su mando, sirviéndoles de reserva los batallones de Ingenieros y de Artillería, que se prestaron gustosos á combatir, despues de haber suspendido sus trabajos.

Cuando el Conde de Reus llegó á la vista del Castillejo, fué tal la audacia de los moros, que se acercaron á tiro de pistola, si bien cubriéndose siempre con las quebraduras del terreno y los espesos matorrales. Viéndoles tan atrevidos, creyó oportuno el general prepararles una emboscada, tanto para castigar su osadía, como para cuando llegase la hora de regresar al campamento, poder efectuarlo con desahogo: al efecto, dió personalmente las instrucciones necesarias al batallon de Vergara y á otro formado de tres compañías de Luchana y una de Cuenca, previniendo al teniente D. José Cruz que se ocultase tras de unas peñas, y le avisara el momento en que los moros llegasen al paraje que le pareció conveniente para el ataque. Habiéndose presentado muy oportunamente el ayudante del General en jefe D. Manuel Coig con cuarenta caballos, recibió tambien órden de colocarse en el flanco izquierdo, para caer sobre el enemigo al avanzar las tropas emboscadas.

En esta situacion, y guardando todos un profundo silencio, esperaron el resultado, que fué tal como habia sido previsto. Los moros acudieron en gran número al punto señalado por el general PRIM, y entonces, al grito de *¡Viva la Reina!* salieron á la carrera las compañías de cazadores, con la escolta mandada por el capitán Coig: las dos columnas apoyaron al paso de carga esta récia embestida, y prote-

giendo su derecha cuatro compañías de infantería, bajo las órdenes del teniente coronel de ingenieros, D. Antonio Pastron y Lastra, el éxito fué completo; pues no solo se causaron al enemigo grandes pérdidas en hombres y caballos, sino que, dado el impulso, se le desalojó de las ruinas del Castillejo y de una casa de oracion ó *Morabito*, que les servia de punto de apoyo.

El jefe del Estado Mayor general, D. Luis Garcia, que con sus ayudantes y oficiales del cuerpo llegó al campo en aquellos momentos, contribuyó á reforzar la carga dada con tanto ímpetu y bravura por las tropas que mandaba el Conde de Reus.

Los moros no se dieron por vencidos, y rehaciéndose despues de su derrota, pugnaron más de una hora por recobrar las posiciones perdidas, aunque sin poder conseguirlo, hasta que siendo ya las cuatro de la tarde y debiendo los españoles regresar á su campamento, emprendieron la retirada, que se efectuó por escalones con el mayor orden. El enemigo continuó constantemente su fuego contra nuestra retaguardia; pero sin lograr ni por un momento desordenar los escalones en marcha, y atacó rudamente las posiciones de la derecha, que fueron defendidas con heroismo por el regimiento de Granada y los batallones del Príncipe y de Almansa. Ya estaba todo terminado, cuando llegaron algunas fuerzas del primer cuerpo del ejército, con las cuales volvió tranquilamente al campamento la division de reserva.

Nuestras pérdidas consistieron aquel dia en seis muertos y setenta y ocho heridos, contándose entre los primeros el bizarro coronel de Artillería D. Juan de Molins, que pereció en el momento de la carga, dejando una numerosa familia, y entre los segundos, el teniente coronel de Ingenieros D. Antonio Pasaron, el coronel de Luchana D. Francisco Canaleta, el ayudante del general PRIM D. Agustin Pita, y el capitan de caballería D. Manuel Coig. Todos los demás jefes y oficiales se portaron bizarramente, mereciendo especial mencion el comandante de los cazadores de Vergara D. José María Salazar, que fué el que tuvo mayor ocasion de distinguirse.

Las bajas de los moros fueron calculadas en unos cuatrocientos hombres, entre muertos y heridos.

En el parte detallado de este combate, decia el general O'Donnell:—"Si el valor y serenidad del general Conde de Reus no fuesen conocidos, como lo son en el Ejército, el hecho de armas del dia 12 bastaria para adquirirle con justicia el título de valiente y entendido."

Acababa de llegar á Ceuta, procedente de Málaga, el tercer cuerpo de ejército, al mando del general Ros de Olanó. El día 14 acampó este cuerpo en una posición más avanzada que las otras, sobre el valle del *Tarajar*, cuyas montañas por la parte del Sur dan vista al llano de Castillejos. Pasóse aquel día sin novedad ; pero en la mañana del 15, y mientras las tropas formaban con la vista vuelta hácia el campamento del general O'Donnell, donde se celebraba una misa de *requiem*, en sufragio de los muertos desde que comenzó la campaña, recibióse aviso de que venian fuerzas enemigas por el lado de Tetuan.

Creyóse al principio que los moros intentaban atacar al tercer cuerpo, cuyo jefe dió las convenientes órdenes preventivas, mientras los generales Zavala y PRIM ponian sus respectivas fuerzas sobre las armas. El fuego comenzó en efecto por aquella parte, cambiándose algunos tiros ; pero á poco se vieron avanzar grandes masas enemigas por el Boquete de Anghera, y descender de las alturas, amenazando envolver el flanco izquierdo del primer cuerpo. El general Gasset dispuso que el segundo batallon del regimiento de Granada marchase inmediatamente á tomar posición, y que los cazadores de Cataluña y Madrid, al mando del brigadier Lassaussaye, se colocasen entre el reducto de *Isabel II* y la casa del Renegado, situándose el mismo general con otras fuerzas en las inmediaciones del fuerte *Francisco de Asís*.

Rechazado el enemigo por estas tropas, cayó nuevamente sobre la derecha del tercer cuerpo. El general Ros le aguardó tranquilo, hasta que tuvo á tiro aquellas masas de á pié y á caballo, que se acercaban dando gritos y ondeando sus banderas amarillas: entonces mandó hacer fuego á la artillería , cuyos proyectiles fueron á caer precisamente en medio de la caballería agarena, produciendo el desorden y la dispersion en sus filas. Nuestros soldados, no pudiendo contener su recorosa alegría, prorumpieron en vítores y palmadas, en tanto que los moros huian en todas direcciones, llevando los infantes sus jaiques recogidos, como las damas que pisan barro; y escapando los ginetes, tendidos sobre el cuello de sus ágiles caballos, hasta ocultarse en los bosques de donde habian salido.

El general O'Donnell, situado en el reducto *Príncipe Alfonso* , pudo observar que el grueso de las fuerzas enemigas se hallaba en el Boquete de Anghera, desde donde hacian un nutrido fuego, enfilando los caminos de comunicacion de los fuertes. Sobre aquel punto envió al general García , que con sus acertadas disposiciones, despejó completamente el campo, dando por terminada la accion. Calculóse en unos